

La recuperación de un manuscrito*

Susana Villavicencio**

1. Cuando Clara Alicia Jalif, editora de este libro, me invitó a participar en la presentación de las *Lecciones de Filosofía* de Luis José de la Peña (1827), me sentí inicialmente convocada por la fantástica tarea que ella había hecho de recuperación, de minuciosa lectura de los manuscritos, de reposición de una pieza importante y ausente en ese mosaico formado por las ideas filosóficas que llegaron, circularon e impactaron entre los grupos de intelectuales y políticos, en los inicios de nuestra nacionalidad. En ese largo período post-independentista la nación se estaba construyendo, era más un proyecto que una realidad presente. Si acepté, entonces, fue por la amistad intelectual y los intereses compartidos con Clara desde hace varios años, pero además por ese sentimiento de celebración de que este tipo de trabajos se efectúen entre nosotros.

2. En segundo lugar quería mencionar muy brevemente la situación de la historia de las ideas en la Argentina, o de los estudios sobre el pensamiento nacional en el que este texto se inscribe.

Pienso que este campo o área de pensamiento ha tenido momentos de expansión, de gran auge, y momentos de retracción, ciertos períodos en que fue sustituido por una sociología de las ideas, o en el que fue relegado a un género menor dentro de las disciplinas filosóficas. Pero, sin embargo, es posible señalar una continuidad que habilita a establecer una línea de filiación de estos estudios en la que podemos poner nombres como José Ingenieros, con su *Evolución de las ideas argentinas*; Ricardo Rojas en su *Historia de la literatura argentina*; Alejandro

* Palabras de presentación pronunciadas en el marco del VIII Congreso Internacional de Estudios Latinoamericanos, organizado por la Universidad Nacional de Tres de Febrero (Argentina) en el Centro Cultural Borges, Ciudad de Buenos Aires, jueves 14 de setiembre de 2006.

** Investigadora del Instituto Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires.
<svilla@radar.com.ar>

Korn en sus *Estudios Filosóficos*, Francisco Romero y su trabajo sobre la *profesionalización* de los estudios filosóficos; José Luis Romero y su contribución a las ideas políticas argentinas, o más contemporáneamente Arturo Andrés Roig, Tulio Halperín Donghi, Félix Weinberg, Oscar Terán, Hugo Biagini, y el gran número de publicaciones, artículos, encuentros (como este mismo, o aquellos organizados por el Corredor de las Ideas). Estos suponen intervenciones valiosas no sólo de filósofos, sino de científicos sociales y de historiadores que han ido afianzando este campo de estudios, cumpliendo con esa necesidad de comprender el presente en “el espejo de la historia”, al decir de Halperín Donghi.

El estudio de las ideas argentinas (y latinoamericanas) ha recibido en los últimos años, particularmente desde el retorno a la democracia, un nuevo impulso, pero también una redefinición de su *status* epistemológico y metodológico. Efectivamente, es a partir de la difusión de la historia de las mentalidades, de la micro historia, y especialmente de la historia conceptual y la historia intelectual (Koselleck, Pocock, Skinner, Rosanvallon), que los estudios de este campo disciplinar, diferenciándose de una forma tradicional de tratar la producción de ideas, reconocen la eficacia de lo simbólico en los procesos sociales, y por lo mismo destacan la fuerte imbricación que mantiene con la historia social y política, mostrando la necesidad de ubicar las ideas, no ya en el cielo puro del intelecto y aisladas de los acontecimientos terrenos, ni, a la inversa, como el reflejo de una realidad de la que era un resultado, sino como ese espacio constituido a la vez por el “campo de experiencia” y el “horizonte de expectativas” (Kosellek), que nos permite comprender y darle al pensamiento su dimensión de acción. Ese campo de pensamiento es hoy fecundo en trabajos que se nutren con una relectura de los *corpus*, de los debates, de los cursos, de las proclamas, contribuyendo así a la autocomprensión de nuestra identidad.

3. Finalmente querría referirme a la importancia de la filosofía en el proceso de formación de la nacionalidad. Evocando la fórmula de Alberdi en el *Fragmento preliminar* ...“Conquistar una filosofía para llegar a la nacionalidad”, preguntamos, ¿cuál ha sido el lugar de la filosofía en la construcción de nuestra nacionalidad? En el estudio preliminar que Clara Alicia Jalif hace a las *Lecciones* de Luis José De la Peña destaca la importancia asignada a la introducción de estas cátedras de filosofía, y al cambio abrupto que implicó en el proceso de formación,

la inclusión de los cursos de filosofía en el Colegio de la Unión del Sud (1818) y más tarde, con la creación de la Universidad de Buenos Aires, la reformulación de los programas de estudio influidos por el pensamiento de los ideólogos, últimos exponentes del pensamiento ilustrado que habían alimentado las revoluciones en Europa.

Esa renovación filosófica llevada a cabo por Juan Crisóstomo Lafinur, Juan Manuel Fernández de Agüero, Diego Alcorta y Luis José De la Peña (acerca de quien aprendemos que fue en realidad el segundo profesor de filosofía), es inseparable de la transformación institucional, del amplio proceso de secularización y de desarrollo de iniciativas culturales y políticas acordes con los principios de la revolución moderna que constituyó la llamada “feliz experiencia” del período rivadaviano.

Para construir la nación, en un contexto social que emergía de un largo período de dominación colonial, había que darse valores comunes y hábitos cívicos que se correspondieran con el orden político republicano que se pretendía instaurar.

La nación y la república se funden en el largo proceso que culminará en el momento constitucional en el que la filosofía jugará un rol fundamental. En respuesta a los problemas y desafíos con los que se enfrentaron, los proyectos de las elites surgen de la naturalización de los modelos europeos y americanos. Este privilegio de la filosofía no depende sólo del hecho que hayan recurrido a distintas filosofías –sensualistas, espiritualistas, eclécticas, materialistas, pragmáticas o utilitaristas– para expresar la conciencia de su época; la importancia de la filosofía política latinoamericana está también en su “capacidad performativa” en la expresión de Jorge Dotti, esto es, en la capacidad de dar sentido a los símbolos y referentes a partir de los cuales esa sociedad elaboró una reflexión sobre sí misma.

En 1840, Alberdi pronuncia en el Colegio de Humanidades de Montevideo su conferencia “Ideas para presidir la confección del curso de filosofía contemporánea”. En este texto de Alberdi, se condensan sus ideas sobre el sentido que debía tener una filosofía americana: “vamos a estudiar, como hemos dicho, no la filosofía en sí, no la filosofía aplicada al mecanismo de las sensaciones, no la filosofía aplicada a la teoría de las ciencias humanas, sino la filosofía aplicada a los objetos de un interés más inmediato para nosotros; en una palabra la filosofía

política, la filosofía de nuestra industria y riqueza, y la filosofía de nuestra religión y nuestra historia”. La filosofía en América, surgida de las necesidades e impulsada a su resolución “practica lo que piensa Europa”¹. Y puesto que los problemas “son los de la libertad, de los derechos y goce sociales de que el hombre puede disfrutar en el más alto grado en el orden social y político; son los de la organización pública más adecuada a las exigencias de la naturaleza perfectible del hombre, en el suelo americano”², la filosofía americana no podía sino estar involucrada con el destino nacional. Cabe señalar la proximidad de De la Peña, quien formaba parte del mismo grupo de exiliados del gobierno rosista. Fue el primer profesor de filosofía en la Universidad de Montevideo, y participó en la redacción del reglamento orgánico de la Universidad en 1849, antes de ocupar el Ministerio de Relaciones Exteriores de Urquiza en 1852.

Podríamos terminar señalando que, con otros propósitos y con otros tonos ideológicos, ese es también el objetivo de un pensamiento argentino y latinoamericano hoy, y que, en ese sentido, el trabajo que estamos presentando, contribuye sin duda a cumplirlo, tanto por el cuidado y la excelencia con que se ha trabajado, como por el interés histórico que viene a llenar.

1 ALBERDI, J. B., “Ideas para presidir la confección del curso de filosofía contemporánea”, en Leopoldo Zea, *Pensamiento positivista latinoamericano*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1960, p. 65.

2 *Ibid.*, p. 66.